

3^{er} Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 28.08.2013

“...durante la obra de Dios, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, cuando sale de viaje, en el campo y en todas partes – *in opere Dei, in oratorio, in monasterio, in horto, in via, in agro vel ubicumque*” (RB 7,63).

Decía ayer que en esta frase del duodécimo grado de humildad se describe lo que podríamos definir el “espacio benedictino” de la vida. Un espacio que, en gran parte, es el mismo que el que vive toda persona humana, pero que tiene un orden, una estructura particular. Esta estructura, como decía, está creada por un centro que irradia alrededor de sí tantos círculos concéntricos como cuando se arroja una piedra en una superficie de agua tranquila. El punto en el que penetra la piedra se convierte en un centro de círculos que se irradian, cada vez más lejos. Y los círculos, cercanos o lejanos, tienen siempre en común el centro, todos están unificados por el centro de su irradiación.

Ahora bien, si observamos con atención la lista de círculos que enumera Benito, vemos que hay una diferencia sustancial entre el punto central y los círculos: todos los círculos son lugares, espacios, arquitectónica o geográficamente identificables: la iglesia, el monasterio, el jardín, el camino, el campo, el mundo. El centro, sin embargo, no es propiamente un lugar, sino una acción, un acontecimiento, algo que acontece: es la obra de Dios. En el centro de la irradiación del monje humilde está la obra de Dios, una obra que hace Dios. Así es, el Oficio divino es recitado en un lugar, en el coro, y san Benito habría podido hacer su lista poniendo en el centro el oratorio, comenzando por el oratorio donde se celebra el Oficio. En cambio, distingue: comienza por la obra de Dios, después habla del oratorio, etc. No es tanto la iglesia como lugar, como espacio y edificio, el verdadero centro de la irradiación del monje humilde, sino la oración monástica como obra de Dios que, al límite, como dirá en otro lugar, puede ser celebrada también en el campo y por el camino (cfr. RB 50).

La obra de Dios, *l'opus Dei*, si se toma al pie de la letra, quiere decir Dios que obra, Dios que hace algo. Esto significa, ante todo, que Dios está presente y que está presente como Dios vivo, creador, omnipotente, que está en acción, que obra. Esto quiere decir que Benito coloca al Señor que obra en el centro de nuestra vida. La irradiación en todos los ámbitos de la vida del monje humilde no es algo que hace el monje mismo, no es fruto de su obra, sino que es una irradiación de la obra de Dios. Por esto, es necesaria una total humildad, porque esta irradiación solo es posible si en el centro está Dios, y no el hombre, y solo es posible si al irradiarse no es la obra del hombre, sino la obra de Dios. Para que esta irradiación acontezca, es necesaria la humildad de poner a Dios y a su obra en el centro de la vida, en el centro de sí mismo, en el centro de lo que uno es y hace. Todo el trascurso de los grados de humildad, descrito en el Capítulo 7 de la Regla, quiere conducirnos a ser personas totalmente centradas en Dios y en su obra y, por lo tanto, a ser personas que permiten irradiar este centro en todos los ámbitos y espacios de la vida humana.

Enseguida notamos que este monje totalmente humilde no es una persona pasiva, insignificante, una “mosca muerta”. Por el contrario, es una persona extremadamente significativa y activa, precisamente porque no se limita a irradiar simplemente lo que es y hace ella, sino lo que es y hace Dios. Veremos después más detalladamente lo que esto significa, pero es importante que lo tengamos ya presente.

El verdadero modelo de esta humildad, centrada en la obra de Dios y que se irradia en todo, es, evidentemente, la Virgen María. Cuando María dice “He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38), en aquél “*fiat*”, en aquél “acontezca” en aquél “hágase”, se expresa toda su humildad que permite a la presencia operante del Señor ponerse en el centro de su vida. Y el efecto inmediato es precisamente lo que describe san Benito: una irradiación de la obra de Dios dondequiera que vaya María. “En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo” (Lc 1,39-41).

A esta plenitud de vida y vitalidad es a la que san Benito nos quiere conducir. Pero la condición es la humildad, y la condición de la humildad es la de permitir a la obra de Dios, a Dios que obra, tomar su puesto central en nuestra vida. La plenitud y la verdad de la vida humana, es decir, la santidad, es la irradiación de la obra de Dios.

¿Por qué? ¿Por qué el irradiar la obra de Dios es la verdad más profunda y sublime de nuestra vida? ¿Por qué un hombre que pone a Dios en el centro de su vida para que actúe es un hombre verdadero?

Sencillamente, porque nosotros mismos somos obra de Dios, estamos hechos por Dios, en cada instante de nuestra existencia, y nada es más propio de nuestra naturaleza, de lo que somos, que el dejar obrar a Dios. Quien pone en el centro de su vida la obra de Dios, pone en el centro de su vida la verdad última y total de sí mismo, y por esto puede llevar e irradiar esta verdad de sí mismo donde quiera que vaya. El hombre humilde es, por lo tanto, testigo y profeta de la verdad de nuestra naturaleza humana. Aún más: de la verdad de cada ser, de cada criatura, de la brizna de hierba a las estrellas. Por lo que también la brizna de hierba y las estrellas, en su inconsciencia de lo que son, podrán reflejarse en el corazón del hombre humilde para manifestarse en su real belleza.

Creo que tenemos que profundizar bien en todo esto, y espero poder hacerlo en los próximos capítulos, porque me parece muy importante para nuestra vida y la vida de nuestras comunidades, y también muy importante para nuestras Órdenes y para la Iglesia. Porque cada vez tengo más la impresión de que si no vivimos nuestra vocación a este nivel, al menos como deseo y siendo conscientes, jamás estaremos contentos, y nuestra vida monástica no nos ayudará a crecer, a ser verdaderas personas, y, por lo tanto, a irradiar en el mundo la verdad y la belleza de la vida cristiana, de las que todos tienen una gran necesidad.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist